

Primavera en otoño

Amina

Siendo muy joven me enamoré profundamente y amé, me entregué totalmente y fui feliz aunque no por mucho tiempo. Tarde me di cuenta de que yo no significaba nada para aquél a quien amaba y sentí un dolor muy intenso, al grado de que transformó mi vida y sentí deseos de morir. La frustración me invadió al ver que mis planes de formar una familia sustentada en el amor, respeto y fidelidad no se lograrían; no había respetado mis principios y como consecuencia de ello había nacido un hermoso y fuerte varón.

Mi embarazo fue difícil porque no lo esperaba. Yo, ilusionada, planeaba la boda, una boda sencilla pero emotiva en el templo de mi pueblo. En lugar de eso tuve que conformarme con la ceremonia civil. La convivencia como casados no fue tal: yo trabajaba en la ciudad y él en el rancho; vivía con sus padres. Sólo el fin de semana convivíamos y eso a ratos, porque el domingo no lo veía, se iba a pasear y yo me quedaba en casa de sus padres. Pero lo amaba tanto que me conformaba con eso.

Mi bebé nacería en enero, y un sábado de diciembre por la noche iba yo a casa de sus padres cuando vi su *pick up*; lo seguí porque pensé que me había visto, pero no. ¡Oh, sorpresa! el galán iba acompañado de una dama de no muy buena reputación. El pulso se me aceleró y sentí tanta tristeza y coraje, que me dieron ganas de ir y reclamarle y decirle unas cuantas palabras a su acompañante. Pero no lo hice; me tranquilicé y pensé mejor las cosas: actuaría normal, como si nada pasara, para ver qué me decía él.

Como era de esperarse llegó de madrugada, tan alegre y contento. Yo fingí que dormía, pero tenía deseos de decirle tantas

cosas... Sin embargo me contuve. Al día siguiente él se comportó como si nada hubiera ocurrido. Qué cínico, pensé. Desde entonces empecé a ver la realidad de su comportamiento, que me demostró lo que ya sospechaba: él no me amaba.

A fines de mes se vino a vivir conmigo, porque sus papás le dijeron que no era conveniente que yo estuviera sola, ya que me faltaba poco para que naciera el bebé. Su comportamiento y su mirada no eran como antes: lo notaba desesperado, enojado, lejano. Luego empezó a decirme cosas que no resultaban gratas de oír, hasta que me cansó y lo enfrenté. Le reclamé su infidelidad, al principio lo negó, pero finalmente no tuvo otro remedio que aceptarlo. Su respuesta fue simple: —No te preocupes: es un ave de paso, no tiene importancia.

—Está bien —le dije— vete con tu ave de paso y ya no vuelvas más aquí. No me creyó, porque sabía cuánto lo amaba, se rió. Aún así, más tarde recogí todos sus artículos personales y fui con su mamá y se los entregué. La señora no me preguntó nada ni hizo comentarios, sólo me miró, por lo cual confirmé que ella sabía todo. Me despedí. No volví a saber nada de él, hasta el día en que salí del hospital con mi bebé en brazos. Me recibieron mi familia, amigas y compañeras del trabajo con un “floppo” muy bonito en un “pastel” de pañales y con algunos otros regalos.

Él estaba ahí, me acompañó a la casa de mis padres y me pidió que nos fuéramos a vivir a la casa de los suyos. Mi respuesta fue un firme y determinante ¡no! Nuevamente había trazado mi vida: educaría a mi hijo yo sola. Lo visitó sólo dos veces en el período de la cuarentena. Mi hijo nació en enero y para febrero él ya se había ido a vivir con su ave de paso. Pasaron ocho meses y me enteré por su hermana que ya no estaba con aquella mujer. Le llamé, le dije que necesitaba hablar con él acerca de nuestro hijo.

Un día de agosto se presentó en mi casa, era ya muy tarde, y no recuerdo muy bien lo que pasó, tuve un momento de debilidad y volví a confiar en él. Me dijo que estaba muy arrepentido, que



quería otra oportunidad para que formáramos una familia. Sus palabras fueron muy gratas porque sencillamente eran las que deseaba oír, y me entregué de nuevo.

Los anticonceptivos me pasaron de noche y en avión, porque volví a embarazarme. Al darme cuenta, pensé que no era posible, aunque me consolaba la idea de que ya no estaría sola, pues tenía su apoyo. Lo busqué para darle la noticia; nunca imaginé que su respuesta sería la indiferencia total. Fui a buscarlo algunas veces y al no encontrarlo, le dejé recados con su mamá y su hermana, pero pasaban los días y no se reportaba; la angustia y desesperación hicieron que fuera a buscarlo varias veces hasta que lo encontré, pero se negó a hablar conmigo. Lo último que le dije fue que estaba embarazada. No le importó en lo más mínimo: su mirada y su cara parecían talladas en piedra. Fue como si me hubiera clavado un cuchillo en el corazón. A solas, lloré hasta quedarme sin lágrimas.

No fue fácil aceptar la realidad: vivía con ella, con la otra. Ahora cómo les iba a decir a mis padres... ellos me habían apoyado tanto. La relación con mis amistades y con mis compañeros de trabajo ya no era tan armoniosa. Quería irme lejos, de ser posible a otro planeta, huir. Me sentía tan mal e incapaz de seguir adelante. Tuve muchos pensamientos equivocados, uno de ellos fue la posibilidad de abortar o dar a la criatura en adopción para que tuviera lo que yo no podría otorgarle: una familia que la amara y el bienestar económico, ya que mi situación financiera no era nada solvente.

A medida que fueron pasando los días, comencé a tranquilizarme y a analizar las cosas. Recuperé la fe. Lupe, amiga de toda la vida, quien fue un gran apoyo, y mi hermana Teresa, me ayudaron mucho a enfrentar la situación con mi familia.

En el trabajo, el marido de la jefa del despacho no fue nada amable: me recetó un prolongado e inútil discurso de moralidad que terminó por hartarme. Me refugié en mi casa, no hacía vida social, casi no salía, sólo lo estrictamente necesario.

Mi bebé nació un diez de mayo, muy pequeño y delgado, muy hermoso. Él me ayudó a estabilizarme emocionalmente porque acepté que su padre no me amó nunca y no le importábamos en absoluto. El dolor estuvo presente a lo largo de los años, hasta que después de tanto luchar conseguí sacarlo de mi corazón.

Me convertí en madre y proveedora, pero anulé a la mujer porque no quería volver a sentirme mal. Me cicatrizaron las heridas y me reconcilié con la vida. Viví feliz y en paz con mis hijos a quienes amo profundamente. Son unos niños muy guapos, fuertes, sanos e inteligentes y muy inquietos.

Me dediqué a realizar algunas actividades y de esta forma compensaba un poco algunas de mis frustraciones, porque siempre he sido muy inquieta. Tuve que ir con la psicóloga para encontrar el equilibrio en mi vida y, después de muchos años, lo logré.

En una ocasión, hacía ya mucho tiempo, había conocido a un joven que me llamó la atención; me pareció una persona muy especial. En esa época yo impartía clases en el Conalep y aún no tenía hijos, pero estaba tan enamorada que no fue muy trascendente en mi vida. Pasaron los años y lo volví a ver, fue en un café, platicamos nuestras historias personales y ese encuentro despertó en mí aquel sentimiento del pasado, pero con una mayor intensidad y deseé volver a verlo y platicar, pero no sucedió nada.

Pasaron más años y nos volvimos a encontrar, entonces todo fue diferente. Mi vida dio un giro radical. Observé cómo, en primavera, la naturaleza da a los árboles la oportunidad de renacer, de volver a florecer, de comenzar de nuevo un ciclo.

Y de nuevo el amor renació en aquel corazón que creyó que nunca más habría de sentir aquellas emociones: felicidad, alegría. La sonrisa de mi cara reflejaba el gozo de sentirme amada y deseada, era algo maravilloso, único.

Me di la oportunidad de volver a amar y de otro embarazo, pero ahora de una manera distinta, más madura, y sabiendo que lo que habría de venir no podía hacerme sufrir. Claro que la incertidumbre estuvo presente, pero me arriesgué y todo fue



nuevo y maravilloso, porque él es una persona totalmente distinta y consecuentemente también la relación.

Volver a sentir emociones que creías olvidadas, ese mariposeo en el estómago, esas ansias por verlo; escuchar su voz, mirar sus ojos, sentir sus manos y su abrazo, percibir su aroma, su sonrisa; saber que es un ser especial, con mente brillante, inteligente, creativo, sensible... en fin: saber que existe el hombre de tus sueños y que es una realidad, es algo único.

No me queda sino seguir viviendo y floreciendo, dando lo mejor de mí; entregarme, sí, sin ataduras, porque el amor necesita su tiempo y es un proceso, como en la primavera. Sigo aprendiendo a vivir en cada circunstancia, sabiendo que en mi interior está la felicidad y las respuestas, que hay un ser superior que me protege y me cuida con amor infinito.

Doy gracias a Dios porque me ha enviado otra bendición muy hermosa: mi tercer bebé, al que tanto amo. Es tan tierno y su sonrisa tan bella, y tiene unos ojos preciosos. Estoy feliz porque tengo la oportunidad de vivir de otra manera la relación de pareja y la maternidad. Para poder valorar lo que ahora tengo, fue necesario vivir situaciones muy dolorosas, sufrir ausencias y vacíos que finalmente fueron llenados por el amor.